

LA CIUDAD ESCRITA

Por Silvana Tanzi

Las paredes de Montevideo hablan con un lenguaje extraño: garabatos ilegibles se mezclan con letras de canciones, afiches de varias temporadas con consignas políticas o chistes sexuales. Entre tanto murmullo solo a veces se distingue el verdadero ingenio en un dibujo o en una leyenda, como en aquella que en plena crisis económica del 2002 proclamaba: “¡Basta de realidades, queremos promesas!”. Pero a veces las paredes hacen demasiado ruido y ya no se puede entender la ciudad repleta de trazos caprichosos y palabras desordenadas que tapan monumentos, plazas y edificios.

Cuando el griterío se vuelve insoportable, las soluciones suelen ser drásticas. Durante los años noventa bajo la administración de Rudolph Giuliani, en Nueva York se declaró “tolerancia cero” para el grafiti, con la idea de perseguir los delitos menores para combatir los mayores. Entonces las declaraciones de amor y las frases poéticas se esfumaron junto con los insultos, el mensaje racista y los llamados a la rebelión. La ciudad quedó blanca y prolija, pero sus muros ya no decían nada.

Montevideo no siempre tuvo paredes tan bochincheras como las de ahora. Durante muchos años solo de vez en cuando algún audaz se atrevía a estampar un mensaje político o hasta una frase con humor. Es triste acordarse de tanto silencio. De esa época me quedó grabada una leyenda inquietante que apareció en mi antiguo barrio Arroyo Seco. No hablaba de política y estaba muy lejos del humor, pero su autor había podido encerrar en tres palabras un odio muy antiguo. Todo un símbolo en momentos de rencor acumulado. A lo largo de la avenida Agraciada, alguien había escrito con letra negra y desapareja: “Mal sean montevidianos”. Eran comienzos de los ochenta

y había muchos motivos para maldecir, sin embargo los vecinos lo tomaron como una afrenta personal y comenzaron a borrar aquellas pintadas. A los pocos días se dieron cuenta de lo inútil del esfuerzo: las leyendas reaparecían en la puerta de la panadería, en el muro de una casa o al pie de la estatua a Joaquín Suárez.

Muy pronto se supo que el autor era un hombre andrajoso y flaquísimo que se había escapado del Hospital Vilardebó. Lucía igual a otros que cada tanto deambulaban por el barrio con mirada perdida, sin embargo su grito de protesta en las paredes le daba un aspecto más amenazante y también más doloroso. A falta de nombre, en mi casa comenzamos a llamarlo “Malsean” y con el tiempo nos acostumbramos a su silueta oscura y a sus tercos mensajes.

Me había olvidado de aquel hombre trastornado, hasta que pasé por la esquina de Yaguarón y La Paz. Allí hay una casa muy vieja y a punto de derrumbarse, cuyas paredes pintadas de blanco son un inmenso manuscrito repleto de declaraciones incoherentes, denuncias y amenazas. Como la fachada no le fue suficiente, quien allí vive colgó carteles de diferente tamaño y prolongó los renglones de su escritura interminable. Una vecina me advirtió que tuviera cuidado, que si salía “el hombre” y me veía tomando nota, me echaría de su puerta con insultos; que ya había corrido a varios fotógrafos. “Piensa que lo vigilan agentes de la CIA”, me dijo.

Mis intenciones de hablar con el dueño de casa se esfumaron, pero pude registrar algunas frases en las que “el hombre” desafía “a canal abierto” al presidente de la República, dice ser boina negra, ex combatiente de Vietnam, “dragón ninja” y “comandante en jefe de

Silvana Tanzi::
Es docente de “Taller de Escritura II” y fue tutora del seminario “Periodismo y Literatura” en la Universidad Católica del Uruguay (UCU). Egresó del Instituto de Profesores Artigas (IPA) en Literatura y obtuvo una maestría en Literatura Latinoamericana en la Universidad de Cornell (Ithaca, Nueva York). Actualmente es redactora en las páginas de cultura del semanario *Búsqueda* y dicta talleres de expresión escrita en el CLAEH. Con Silvia Soler y María Cristina Dutto, publicó este año *Palabras más, palabras menos. Herramientas para una escritura eficaz* (Universidad Católica, Editorial

los servicios secretos de guerra”. Santos A. De Los Santos —así se presenta en sus pintadas, con cédula de identidad y todo— reclama algo que el Estado le debe, pero sus quejas son entrecortadas e indescifrables. Me fui rápido del lugar pensando qué sería de aquel hombre sin esas paredes, qué pasaría si sus desvarios se soltaran de la escritura y avanzaran por otras zonas de la ciudad.

En otra esquina me encontré con una versión diferente, no escrita, de Malsean. Después de las siete de la tarde, un hombre suele pararse en la puerta del Bar Metro, en Zelmar Michelini y San José, para vocalizar a todo pulmón. Su vozarrón es tan potente que por momentos tapa el sonido del tránsito y llega hasta las dos cuadras. La gente que pasa queda absorta por unos segundos, mientras los mozos del bar lo escuchan resignados detrás de las ventanas. Él sigue con la mirada a los peatones, pero parece no verlos, concentrado en modular lo que nunca llega a ser canción. Acompaña sus sonidos con una sonrisa sin alegría, y el conjunto produce una atracción incómoda, como ocurre con lo incomprendible.

“Sentí un grito infinito que atravesaba la naturaleza”, escribió en su diario el artista Edvard Munch al recordar un atardecer teñido de “rojo sangre” que abarcó toda su angustia. Después de aquella tarde, Munch pintó figuras atormentadas y una de rostro andrógino que grita para siempre su desesperación. Cuando llegó a mis manos la frase de ese diario, recordé al cantor del Bar Metro y a las paredes pintadas que motivaron esta nota. Pensé entonces que si todo el griterío se silenciara bajo una mano de pintura blanca, se perderían también los otros mensajes, los que cada tanto atraviesan la naturaleza, se detienen en los muros y le hablan a la ciudad. ■■



Fotos P. P.